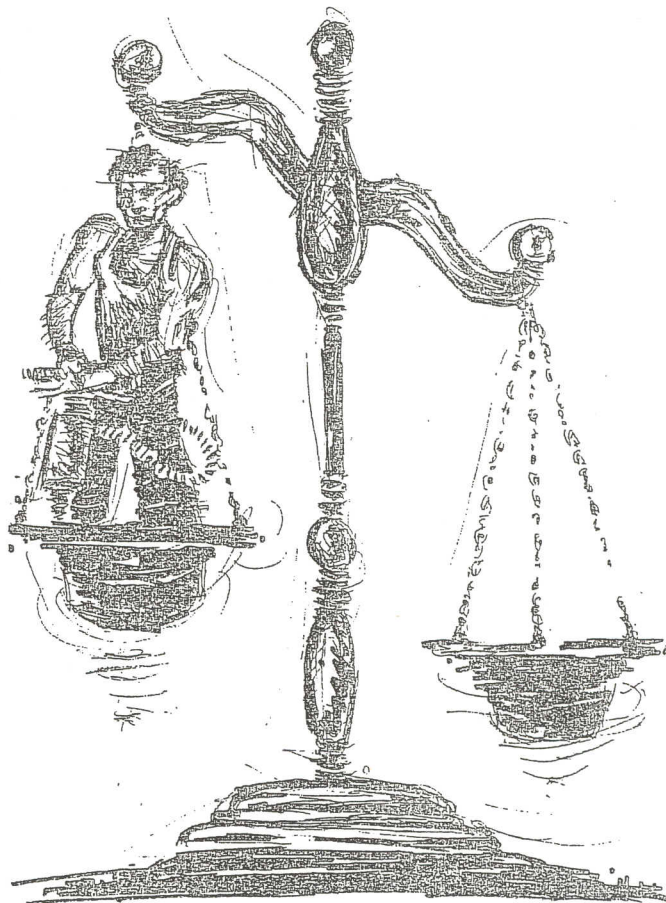


OPINIÓN

En recuerdo de Alfonso Carlos Comín

FERNANDO ARCAS CUBERO Y JOSÉ ANTONIO RUIZ MUÑOZ

Comín fue un ejemplo, en pleno siglo XX, de los antiguos apóstoles anarquistas y socialistas del siglo XIX, que recorrían el mundo para difundir la buena nueva de la liberación de los trabajadores del capitalismo y la opresión y de la necesidad de organizarse para defender sus derechos.



El año pasado se celebró el 25 aniversario de la muerte de Alfonso Carlos Comín, el ensayista, sociólogo, ingeniero, cristiano y comunista, miembro de la generación –quizá irreplicable– de intelectuales comprometidos del final del franquismo y de la Transición a la democracia.

Hace unos días el Ateneo de Málaga se sumaba a este aniversario que más que una reivindicación nostálgica del intelectual catalán –como precisó su mujer y presidenta de la Fundación que lleva su nombre– era una celebración del compromiso que había dado sentido a su vida, que sigue desafiando hoy cualquier actitud cómoda de los intelectuales.

De todas sus facetas la que más tiene que ver con los malagueños es que Comín fue un ejemplo, en pleno siglo XX, de los antiguos apóstoles anarquistas y socialistas del siglo XIX, que recorrían el mundo para difundir la buena nueva de la liberación de los trabajadores del capitalismo y la opresión y de la necesidad de organizarse para defender sus derechos. El vino a Málaga para enseñar en las Escuelas del Ave María o en las del Padre Mondejar a los hijos de los trabajadores, y en Málaga entró en contacto con el mundo obrero colaborando a despertar en un grupo de ellos el sentimiento de clase, la necesidad de organizarse para combatir, de investigar en la realidad para poder transformarla.

De dicha labor quedó la formación de líderes obreros para la lucha antifranquista clandestina y la formación de una corriente cristiana que sería una de las fuentes del nacimiento en Málaga de Comisiones Obreras, así como los primeros escritos –la España del Sur y Noticia de Andalucía–, en los que un catalán marcaría las primeras bases del nuevo regionalismo andaluz de la Transición democrática y a las que otro catalanohablante, pero valenciano y malagueño de adopción, Juan Antonio Lacomba, pondría sus orígenes históricos.

La fuerza del impulso dado en Málaga por Comín a finales de los 60 a las ideas progresistas, y luego en Andalucía por Domínguez Ortiz,

Aumente, Cazorla, Lacomba, Ramos Espejo, Castilla del Pino etc., ha sido una de las claves de la solidez que ha tenido en la región su filiación de izquierdas mayoritaria desde la Transición hasta hoy.

No sé como interpretaría Comín el fenómeno acontecido tras su muerte de la deriva conservadora de una parte de la intelectualidad española, o para ser más precisos, del uso político conservador que ha podido hacerse de su alejamiento del compromiso político con la izquierda, de ese aspecto sin el que la Transición y la crisis del franquismo es inexplicable.

El ámbito urbano andaluz, que es el ámbito más influyente –aunque no es exclusivo– de la vida cultural y universitaria, y en cuyo estudio Comín fue también un pionero en los 60, es precisamente en el que esa deriva se ha manifestado con más claridad, donde la derecha conservadora se muestra hoy más asentada y estable y donde se aprecia esa nueva actitud cultural tan diferente de la explosión cultural de los 60 y 70.

Puede aducirse que es un síntoma de modernidad de la derecha, y de normalidad democrática al convertir a la cultura en un ámbito ajeno a la lucha política. Pero por más que haya calado profundamente la sensación de que no hay ya derecha e izquierda, sabemos que esto no es así, y que la izquierda –que tiene su principal capital en las ideas y en quienes tienen menos materialmente– pierde mucho más que la derecha cuando se le alejan los intelectuales.

Comín no tenía más que sus ideas y creencias, su voluntad y sus libros. Tenía además, según el grupo de sus fieles en la dura Málaga franquista, un magnetismo que arrastraba nada más conocerle y que no es otra cosa que capacidad de liderazgo, uno de los misterios más apasionantes de la personalidad política. Erró en su apuesta de un futuro comunista después del franquismo. Pero su figura histórica sigue representando el requisito para la izquierda de recuperar el protagonismo en el discurso cultural, una de las claves de su éxito en la Andalucía de la Transición.